



## DON DIEGO BARROS ARANA

*El 16 de Agosto ppdo. se conmemoró, con especial solemnidad, el centenario del nacimiento del eminente historiador, señor don Diego Barros Arana.*

*El sabio maestro honró, en muchas ocasiones, las páginas de los «Anales de la Universidad de Chile», con valiosos e interesantes artículos históricos, educacionales y bibliográficos.*

*La Universidad de Chile dedica este número de su revista a la memoria del que fué su ilustre y digno Rector.*



## BARROS ARANA

**D**ON *Diego Barros Arana* (1), cuya gran inteligencia y cuyos eminentes servicios como educador e historiógrafo han sido negados por sus adversarios políticos, constituye a los ojos de la juventud estudiosa una de las cumbres de nuestro país, a la cual debe ascender todo el que pretenda juzgar el presente previa una exacta comprensión del pasado.

Nació en una opulenta casa de la ciudad de Santiago, a los pocos años de haber concluido la guerra de la independencia. Su padre, el senador don Die-

---

(1) DIEGO BARROS ARANA.—(Santiago, 1830; † 1907, Santiago).

Datos biográficos y bibliográficos. — VICUÑA MACKENNA, *Historia General de la República de Chile*, tomo 1.º—DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE, *Los constituyentes chilenos de 1870*. —VÍCTOR M. CHIAPPA, *Bibliografía de don Diego Barros Arana*.—EMILIO VAISSE, *Bibliografía General de Chile*, tomo 1.º

go Antonio, pertenecía a la aristocracia, y era hijo de don Manuel Barros Andonaegui, uno de esos respetables agricultores que en otro tiempo formaban la clase feudal. La madre del más notable historiador de nuestro país tenía nacionalidad argentina, y se llamaba Martina Arana y Andonaegui.

Estos apellidos, de origen vascongado, uno de los cuales, como se ve, correspondía a Barros Arana por ambas líneas, explican sus condiciones personales de carácter, o sean, la laboriosidad y constancia de que siempre dió sobresalientes pruebas. Sus abuelos del norte de España revivían en él.

A Barros Arana le tocó ser condiscípulo en el Instituto Nacional de los hermanos Amunáteguis, con quienes vivió unido por estrecha amistad y comunión de ideas, en la próspera y en la adversa fortuna; pues siguió el mismo plan de estudios de 1843, que estableció la simultaneidad de los principales ramos, en cada uno de los años del curso. Casualmente, en ese plan el Gobierno introdujo por primera vez la enseñanza de la historia, adoptando con tal objeto los compendios de Lamé-Fleury.

Muy luego Barros Arana reveló su decidida afición por esta nueva clase. A la edad de dieciocho años publicó en los diarios de la época algunas traducciones de novelas francesas de carácter histórico; y en 1850 inició sus trabajos originales con el relato de las campañas de Benavides, el famoso montonero realista.

Don Diego Antonio Barros se apresuró a fomentar esta tendencia dominante en el espíritu de su hijo y le regaló más de trescientos volúmenes de historia, pertenecientes a la librería del filántropo don

Miguel de la Barra. Ellos fueron la base de la magnífica biblioteca de Barros Arana.

Más o menos, en esos mismos días el joven estudiante escribió su estudio biográfico del general Freire; y, a mediados de 1853, fundó un periódico literario, *El Museo*, donde insertó numerosos artículos de erudición y crítica.

Desde hacía algunos años, reunía con ahinco documentos de toda especie sobre nuestra historia nacional. Con este motivo, consiguió del hijo de don Bernardo O'Higgins, que residía en el Perú, una parte considerable del archivo formado por el fundador de nuestra independencia. Barros Arana tomó además copias o extractos de las notas, relaciones y memorias de interés que se conservaban en los depósitos antiguos de la Capitanía General; y mandó copiar en Mendoza todos los antecedentes del Ejército de los Andes, triunfador en Chacabuco y en Maipo.

Aprovechó asimismo los datos orales que pudieron suministrarle los militares de la revolución; y, después de lenta y serena labor, empezó a dar a luz su *Historia de la Independencia de Chile*, completada con la memoria que presentó a la Universidad sobre las *Campañas de Chiloé*. Estos dos libros han sido el primer fundamento del prestigio de Barros Arana como investigador y erudito.

En el año de 1855, el autor fué nombrado miembro académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades, en reemplazo del sabio filólogo francés don Luis Antonio Vendel-Heyl, de quien escribió una de las biografías más interesantes publicadas en Chile.

Los primeros trabajos históricos de Barros Arana se distinguían por su religioso respeto a la exactitud de los hechos y por un estudio completo del asunto. Según la opinión del periodista oriental Juan Carlos Gómez, entonces en nuestro país, esos libros anunciaban al «futuro historiador de Chile». Por desgracia, se hallaban escritos en muy mal castellano: las frases carecían a menudo de sentido, y estaban plagadas de vocablos incorrectos. La práctica fué corrigiendo poco a poco al autor, y las obras que compuso en la segunda mitad de su vida mostraron un visible progreso literario comparadas con las de su juventud.

En esta época, Barros Arana entró de lleno en la lucha política, y atacó al Gobierno de don Manuel Montt desde las columnas de *El País*, en 1857, y de *La Actualidad*, al año siguiente.

Por espacio de medio siglo, Barros Arana combatió sin miedo y sin descanso, de palabra y por escrito, a todos los gobiernos que, en su sentir, exageraban el principio de autoridad. No fué un gran publicista, a la manera de Lastarria; pero, en igual grado que él, defendió con abnegación las libertades políticas de su país. «Como diarista, según Vicuña Mackenna, se mostró incisivo, franco y enérgico; y, en la polémica, tan picante y burlón que no hubo adversario que no concluyera por cederle el campo.»

Suspendidas las garantías constitucionales a consecuencia de la revolución de 1858, Barros Arana resolvió alejarse de Chile. En el curso de sus viajes, que duraron dos años, visitó la República Argentina, el Uruguay, el Brasil. En ninguna parte

descuidó el principal propósito de su labor intelectual, esto es, el estudio de la historia patria; recogió nuevos documentos en Mendoza; y aumentó considerablemente en Buenos Aires su colección de libros y manuscritos sobre historia y geografía.

En seguida se trasladó a Europa. En Agosto de 1859, fué presentado en el Museo Británico por el general O'Brien, quien había combatido en América bajo las órdenes de San Martín. En aquel gran archivo reunió Barros Arana algunas piezas de extraordinario valor sobre viajes y estudios geográficos. O'Brien, por su parte, le suministró importantes noticias acerca de las campañas de la independencia.

Nuestro compatriota no tenía tiempo que perder. A fines del año empezaba a trabajar en el principal depósito español de papeles americanos, o sea, el *Archivo de Indias* de Sevilla. «Durante más de cuatro meses concurrió a aquel establecimiento sin faltar un sólo día, excepto los festivos, y todas las horas que permanecía abierto, es decir, desde las nueve de la mañana hasta la una de la tarde. En ese tiempo reunió un número extraordinario de notas y extractos, tomados prolijamente por él mismo, abreviando expedientes y legajos, más o menos interesantes, que no juzgó necesario copiar por entero.»

Cuando Barros Arana hacía sus investigaciones en Sevilla y en Madrid, otro chileno ilustre, el Arzobispo Valdivieso, se ocupó también en la Península en hacer tomar copias de las piezas que juzgaba de interés para la historia de la iglesia chilena.

Valdivieso y Barros Arana tuvieron entonces el

agrado de encontrarse en España con don Benjamín Vicuña Mackenna, con quien estaban estrechamente ligados por lazos políticos y sociales. Vicuña Mackenna adquirió en este viaje riquísima colección de testimonios históricos, que pudieron aprovechar en Chile todos sus amigos, y en especial Barros Arana y don Crescente Errázuriz.

Esta severa compulsión de documentos originales, ejecutada a costa de grandes sacrificios, no era sino el acatamiento rendido a las opiniones de Bello, según las cuales sólo tenía valor histórico la obra que descansaba sobre pruebas positivas.

Muchos años más tarde, los secretarios de las legaciones de Chile en Francia y en España, don Carlos Morla Vicuña y don José Toribio Medina, sobre todo este último, trajeron a Chile numerosos legajos de copias completamente desconocidos y de un gran valor para la historia patria.

Fuera del *Archivo de Indias*, Barros Arana visitó en España los archivos de Simancas, de la Biblioteca Nacional de Madrid, de la Oficina Hidrográfica y de la Real Academia de la Historia. Aprovechó además de algunas colecciones particulares.

En París, don Claudio Gay y la hija del general San Martín le proporcionaron abundante material para sus estudios.

De vuelta a Chile, Barros Arana consiguió en el Perú, a principios de 1861, algunas noticias y papeles de la mayor importancia de parte del general Miller, glorioso militar inglés que había combatido en favor de nuestra independencia.

Puede asegurarse que en esta fecha Barros Arana estaba preparado para componer su *Historia Ge-*

neral; pero acontecimientos ajenos a su voluntad le impidieron hacerlo.

Instalado en Santiago, fué colaborador en varias revistas, y fundó *El Correo del Domingo*, que sólo debía vivir seis meses.

En 1863, el Gobierno de Pérez le confió el cargo de rector del Instituto Nacional, desde el cual, por medio de sus reformas docentes, y con el auxilio de los libros de texto redactados por él mismo, ejerció poderosa influencia en el adelanto y educación de la juventud.

El mejor libro de estudio debido a su pluma fué el *Compendio de Historia de América*. Era ésta una obra necesaria. Entonces no se conocía ningún resumen completo de esta clase. La más evidente prueba de los méritos del libro es el hecho de que hasta hoy continúa sirviendo en los colegios argentinos y chilenos.

Barros Arana fué miembro de la Cámara de Diputados en tres ocasiones, en 1867, en 1870 y en 1886; pero nunca sintió entusiasmo por las luchas parlamentarias.

Sus tendencias naturales le hacían preferir otro campo de actividad. En ninguna corporación realizó una labor más útil que en el Consejo Universitario, al cual concurrió por muchos años, ya como simple consejero, ya como decano de humanidades, ya como rector del Instituto o de la Universidad.

Los vastos conocimientos que poseía en toda materia influyeron para que el Gobierno de la República le distrajera de sus trabajos habituales confiándole honrosa representación diplomática en Buenos Aires y en Río de Janeiro. En esta oportunidad, le



correspondió tomar la defensa de Chile en la gravísima cuestión pendiente sobre el dominio de la Patagonia. Más tarde debía ser nombrado perito para la demarcación de los límites entre nuestro país y la República Argentina.

A pesar del excesivo trabajo que le imponían los antedichos empleos, Barros Arana no descuidó ni un solo momento su labor histórica. Al poco tiempo de haber sido nombrado rector del Instituto, publicó una *Vida de Hernando de Magallanes*, que ha merecido grandes elogios de chilenos y extranjeros, y fué la primera biografía completa del ilustre navegante.

En la *Revista de Santiago*, resucitada en 1872 por los distinguidos literatos don Fanor Velasco y don Augusto Orrego Luco, insertó un estudio titulado *Riquezas de los antiguos jesuitas de Chile*, que a su importancia histórica agregaba un gran valor literario. Redactado con malicia y picardía, este estudio sería digno de ser incorporado en la biblioteca de los filósofos franceses del siglo XVIII. Al escribirlo, el autor parece haber tomado por modelo las obras de Voltaire, que fueron su lectura favorita.

En 1875 fundó Barros Arana un nuevo periódico consagrado a las letras, la *Revista Chilena*, que sólo pudo dirigir por año y medio; porque después de esta fecha partió a Buenos Aires con el carácter de Ministro diplomático.

Concluída su misión, y realizado su segundo viaje a Europa, publicó en Santiago dos obras de diferente género, pero ambas de verdadero interés: la *Historia de la Guerra del Pacífico*, en que refiere

la contienda entre el Perú y Chile, y las *Notas para una bibliografía de obras anónimas y seudónimas sobre la historia, la geografía y la literatura de América*.

Ya había empezado a redactar su magna *Historia General de Chile*. Puede calcularse que la composición de toda esta obra le exigió una labor continua de más de veinte años. Pero, si se toma en consideración que estudiaba la historia patria desde su primera juventud, cuando publicó las *Campañas de Benavides*, sería más exacto decir que necesitó medio siglo para dar remate a tan vasta empresa.

Esta historia contiene una narración completa de la vida de nuestro país durante tres siglos. Refiere las hazañas de la conquista, las guerras de Arauco y la revolución de la independencia, con tal prolijidad de detalles que cada una de estas partes parece haber sido el único tema del autor. La minuciosa relación de los hechos no excluye, por lo demás, el cuadro de las costumbres sociales ni la síntesis que caracteriza cada período. Barros Arana pertenecía a esa familia de historiógrafos de la cual fueron miembros conspicuos Lafuente, en España, y Alaman, en América.

La obra mencionada es única en nuestro continente; pues ninguna de las otras repúblicas hispano-americanas puede presentar una historia narrativa tan completa escrita por una sola pluma.

La *Historia General* de Barros Arana ha obtenido justo prestigio en América y en España; y su autor ha recibido por ella honrosas recompensas. Como algunos otros de sus compatriotas, fué nombrado individuo correspondiente de la Real Acade-

mia Española; y, de igual modo que don Andrés Bello y don Miguel Luis Amunátegui, lo fué también del Instituto Histórico y Geográfico del Brasil. En su patria, el Congreso Nacional aprobó en 1890 una ley por la cual se le otorgó un premio de veinte mil pesos.

Los dos últimos libros de Barrós Arana fueron una extensa biografía del sabio Philippi, para quien el autor había fundado una cátedra de ciencias biológicas en el Instituto, y la historia de la administración del general Bulnes, en la cual consigna datos valiosísimos sobre aquel gran período de nuestra vida republicana.

DOMINGO AMUNÁTEGUI SOLAR.